

LA NOVELA CINEMATOGRAFICA
DEL
HOGAR 27



ROBERT AMES
LILA LEE

**SENDAS
TRAICIONERAS**

EDICIONES BISTAGNE

WERKER, Alfred

**La Novela Cinematográfica
del Hogar**

Publicación semanal de películas selectas

DIRECCIÓN:

AÑO I Francisco María Blázquez Núm. 27

Double Cross Roads, 1930

Sendas traicioneras

Intrigante asunto, interpretado por
Lila Lee, Robert Ames, Montague
Love, Edythe Chapman; etc.



Es un film sonoro **FOX**

Distribuida por

HISPANO FOXFILMS, S. A. E.

Valencia, 930

BARCELONA

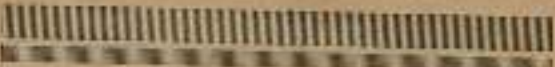
POSTAL-REGALO: LUPE VÉLEZ

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - **BARCELONA**



Prohibida la
reproducción



Sendas traicioneras

Argumento de la película

David Harvey abandonó por unos momentos su trabajo en el taller del penal y se asomó a la ventana.

David, hombre joven a quien las malas compañías habían llevado a presidio, contempló con rostro risueño los alegres juegos de unos niños que correteaban y reían bajo la luz primaveral.

Caleb, otro penado, mucho más viejo que David, buen camarada pero que tenía a veces una sonrisa indefinible como si ocultase algún secreto, se acercó a su compañero y le dijo:

—David, vale más que te vayas de la ventana. El guardia se va a incomodar si te ve.

El muchacho obedeció y dijo:

—Estaba pensando, Caleb, lo bueno que va a ser poder andar de nuevo, libremente, por los campos.

—Tienes suerte en poder salir tan pronto... ¿Qué piensas hacer?

—No sé... Dyke quiere que vuelva a las andadas.

—Un sujeto como tú que puede abrir las cajas de caudales por el tacto y el oído, tiene grandes oportunidades de ganar dinero.

—Sí. Soy tan listo que aquí vine a dar... pero bien merecido lo tengo.

—¿Te arrepientes de tu conducta? ¿Querrias cambiar de vida?

—Si yo pudiera...

El rostro de Caleb se animó.

—Mira, conozco una familia muy buena que vive en el campo y que te dará alojamiento mientras decides lo que quieres hacer.

—¿No me engañas?

—Claro que no. Tendrán mucho gusto en recibirte, pero será preciso que vayas a la iglesia... Son gente muy devota.

—Iré.

—Te daré una carta de presentación diciendo que eres un amigo mío que necesita reposo y trabajo.

Al día siguiente, David fué puesto en libertad y marchó del penal con la carta de recomendación que su viejo compañero le entregara.

Caleb le dió afectuosamente la mano al partir diciéndole:

—Y ahora, David... sólo una cosa tengo que manifestarte... Espero que seas un buen chico..

—¡Lo prometo!—respondió con el firmísimo anhelo de olvidar todo su pasado y llevar una vida honesta.

—¡No lo olvides!

Y Caleb, una vez hubo marchado su amigo, movió los hombros con un gesto indefinible y sonrió de modo extraño, incomprensible...

* * *

Frente a la estación se hallaba detenido un automóvil. En su interior estaba una muchacha muy pintada y provocativa. Junto a ella, un hombre joven tenía la vista fija en la puerta de la estación como si esperase a alguien.

Aquel hombre era Max, "El Llavines", un cómplice de Dyke, el famoso jefe de la banda a que había pertenecido David. La mujer era la amiga de Max, pero dispuesta a ser amiga de otras personas, si se presentaba la ocasión.

Los dos, de orden del jefe, estaban aguardando a David, libertado de presidio.

—Mira—dijo Max a la mujer—. ¡Por ahí aparece nuestro hombre!

—¡Es la mar de simpático!—exclamó ella, sonriente.

—No te muevas del asiento y, si quieres mirar a alguien, mírame a mí.

Entretanto, David, ajeno a que le estuviesen espionando, había entrado en la es-

tación dirigiéndose a una de las taquillas.

En las oficinas del penal le habían proporcionado un billete de tercera para ir a Nueva York, pero él no quería pisar la gran ciudad, deseando ir al campo, a reunirse con la familia que tan gentilmente le había recomendado Caleb.

—Quiero cambiar este billete para Lebanon en vez de Nueva York—dijo.

Le dieron el billete pedido, y cuando ya se disponía a tomar el tren, se sintió tocado por un hombre. Vió junto a él a Max que le sonreía picarescamente.

—¡Hola, muchacho! Dyke me envió para que regresaras a su casa con todo confort... ¡Mira qué hermosura!—le dijo Max señalándole el automóvil de impecables líneas.

David sonrió contemplando el vehículo y a la bella mujer que iba dentro.

—No está mal, Max... pero yo voy por otro camino.

—No seas necio... Vamos a dar un gran golpe... y te reservamos una buena parte.

—Me he decidido a cambiar de vida.

—¿No puedes dejar a Dyke!... ¿Acaso él con sus influencias no ha conseguido tu indulto? ¿No le debes que te haya sacado de la cárcel?

—También le debo haber entrado en ella... pero no nos entenderíamos, Max... En fin, ahí está mi tren... ¡Adiós y dale expresiones de mi parte a Dyke!

Y saltó ágilmente a uno de los coches, con la alegría del hombre que ha vencido un grave peligro.

Max, disgustado, regresó al coche, donde su amiguita le recriminó con dureza el no haber sabido convencer a un chico tan simpático como aquél.

—¡Eres muy torpe! Verás cómo va a ponerse Dyke.

* * *

Horas después, David llegaba al pueblo de Lebanon. Preguntando consiguió encontrar la finca de la señora de Carlyle, a cuya dama iba él recomendado por Caleb.

—Sobre todo no les digas que estoy en

presidio—le había advertido Caleb antes de marchar él—. Me creen una persona honrada.

David vió frente a la casa a una mujer anciana, encorvada, que daba la sensación de tener muchos años.

—¿Es usted la señora de Carlyle?—preguntó con amabilidad.

—Sí, señor. ¿Qué se le ofrece?

—Traigo una carta de recomendación para usted.

La vieja, sonriente, leyó con alguna dificultad la carta en la que Caleb le rogaba admitiese durante una temporada al joven dador, que necesitaba reponer su salud en la paz del campo, antes de emprender nuevas actividades en la vida.

—Encantada de poder complacer a mi buen Caleb—dijo la vieja—. Pero ¿dónde diantres está nuestro buen amigo?

—Tiene un gran empleo en una fábrica.

—Es un buen hombre... Basta que venga recomendado usted por él, para que se quede en mi casa. Aquí encontrará la más franca hospitalidad.

—¿Cuánto se lo agradezco!

No encontraba palabras para demostrar su gratitud ante aquel recibimiento tan amable. Iba a regenerar su vida y juraba no volver al pasado.

Un coche se detuvo ante la casa. Lo guiaba una muchacha de agraciado rostro y ojos negros y vivaces. El motor parecía no obedecer a su conductora. En vez de pararse en seco, hacía un ruido infernal y palpitaba desesperadamente como si fuese a estallar.

La joven probó de tocar varios mecanismos, sin dar con el oportuno. David, sonriente, pidió permiso para separarse unos momentos de la señora Carlyle y llegándose al coche, le bastó apretar un simple botón para que el motor dejase de resoplar.

La linda conductora agradeció con una gentil sonrisa la intervención del muchacho.

Acercóse la señora Carlyle y dijo:

—Señor David Hervey, ésta es mi nieta Marie... El señor es un recomendado de Caleb... Necesita reponer su salud... Le tendremos algún tiempo en casa.

David sonrió alegremente... ¡Era tan feliz! Y balbució unas palabras de emoción, de sincera y honda gratitud.

—Esta casa será un bálsamo para mi espíritu... Estoy seguro de que acabaré de reponer mi salud entre la grata compañía de ustedes...

—Considérese como de casa, David—le dijo la vieja—. Tendrá usted en ella la misma libertad que si estuviese en su hogar.

Entraron los tres en el viejo caserón... David sonrió a la delicada Marie que le miraba fijamente, como prendida de pronto en la simpatía juvenil e ingenua que inspiraba aquel muchacho.

* * *

David encontró en aquella casa aquel calor de hogar que él nunca había conocido. Le trataban como a individuo de la propia familia... Y se juraba a sí mismo hacerse digno de aquella confianza y vivir en lo sucesivo una vida de honradez, de

bondad en la que nada tuviera que reprimirse.

Naturalmente, una de las cosas más interesantes para David era aquella Marie, la nieta de la señora de Carlyle...

Nunca había conocido una chiquilla tan simpática con aquel aire tan puro y bondadoso.

Por su parte, ella le demostraba la misma tierna afección, un interés a cada hora más fuerte... Diríase que la llama del cariño había prendido de repente en aquellos dos corazones que atribuían primero a simpatía lo que ya era un sentimiento de amor.

Al día siguiente, David encontró a Marie en el jardín con una gran brazada de flores.

—Son las primeras flores de manzano que he visto... Son muy lindas, ¿verdad? —le dijo ella.

—Lindísimas... pero permítame que le ayude.

Y aquellas manos hábiles, que tan diestras habían sido para el mal, cogieron las flores y las colocaron en un búcaro.

Luego, los dos jóvenes volvieron a pasear por el jardín. El muchacho habló largamente de su porvenir, de sus anhelos de ser algo en la vida, de las honradas ambiciones que tenía de labrarse una posición. Ni una palabra de su pasado.

Ella le oía mirándole tiernamente con esas miradas fijas y devotas que son una admiración más.

Y entretanto ellos vivían esas horas de inolvidable camaradería, Max "El Llavinés" visitaba a Dyke, abogado de gran fama en la ciudad, pero al propio tiempo jefe de una banda de siniestros ladrones, hombre de una audacia inconcebible para el mal.

Sus clientes que eran numerosos ignoraban la doble personalidad de Dyke y ni por azomo podían sospechar que el célebre abogado fuese el jefe de una pandilla criminal.

—David me mandó a paseo y me dijo que te diera expresiones—explicó Max a su superior.

—Conque esas tenemos ¿eh?—contestó—. ¡Me lo sospechaba! Cuando David

no contestó a mi última carta, empecé a dudar que siguiera siendo nuestro colaborador.

—¡Nos hemos lucido!—indicó Max—. Podemos irle diciendo adiós al trabajito que pensábamos hacer en casa de Tilton.

—No tanto, no tanto. Mira, llama a casa de Tilton, en Lewiston.

—¡Ahora mismo, jefe!

Salió, pero volvió a entrar instantes después dando muestras de agitación.

—Ahí está Deuce Wilson—dijo.

—¿El aquí?... Dile que no estoy.

Deuce era un peligroso ladrón que antes había trabajado con ellos, pero de quien, por divergencias, habían prescindido en absoluto.

Iba Max a transmitir el recado cuando en el umbral apareció la figura siniestra de Deuce, hombre en cuyo rostro estaban bien delineadas las huellas del vicio.

—Siento que no estés, Dyke—dijo el recién llegado al abogado—. Y, ¡hola, Max "El Llavinés", antiguo y querido camarada!

—¿A qué vienes?—le dijo el abogado, fríamente.

—A reclamar lo que es mío.

—Tú y yo hemos terminado, Deuce...

—Trabajábamos juntos cuando te avisaron con respecto del asunto de Lewiston... y quiero mi parte.

—Bueno... pues no vamos a hacer nada... ¡Largo de aquí!

Max, que había salido para pedir la comunicación telefónica con Tilton, volvió al despacho e indicó al jefe:

—La comunicación con Lewiston está establecida...

—Perfectamente... Deuce, ya lo sabes... No vuelvas por aquí...

Deuce hizo un gesto de desdén y alejóse, torvo y siniestro, mascullando feroces amenazas contra sus antiguos compañeros.

El abogado se dirigió al teléfono.

Max comentó con varios amigos de la banda:

—Maldita la gracia que tiene esto... Cuando ese Deuce se enfada hay que andar con cuidado.

El señor Dyke se puso al aparato. Llamada a la señora Tilton, una opulenta dama, cliente suya, que se había divorciado tres veces y poseía una gran fortuna en diamantes.

La señora Tilton tenía en él puesta absoluta confianza.

—¿Qué hay, señor Dyke?—preguntó ella—. ¿Qué esperanzas tiene de sacarle algún dinero a mi último marido?

—Muchas y buenas, pero ahora la estoy llamando para que hablemos acerca de la fiesta que me dijo usted quería celebrar en su casa de campo.

—Sí, quiero que sea una fiesta espléndida... Necesito distracciones ¿comprende? ¡He sido tan desdichada en cuestiones de amor! La organización de la fiesta la dejo por entero en sus manos, señor Dyke. Cúidese usted de todo. Usted mismo contrate la servidumbre especial que sea necesaria.

—Encantado con su confianza, señora Tilton. Procuraré corresponder a ella.

Dejó el abogado el teléfono dando

muestras de gran satisfacción. Max le dijo, sonriendo con amargura:

—Bien, pero ¿para qué sirve ahora esa fiesta?... No podemos abrir la caja de caudales sin David, que es un especialista en la materia.

—No te apures por eso... David está en Lebanon a tres kilómetros escasos de los Tilton.

Y su sonrisa tuvo la firmeza de algo definitivo.

* * *

Pasaron dos días más. La amistad entre Marie y David se estrechaba en un lazo dulcísimo de cordialidad, tal vez de amor.

Iban siempre juntos; paseaban por el jardín. Ella cantaba una lindísima melodía titulada "Triste corazón" que él escuchaba arrobado sintiéndose transportado a un mundo encantador y nuevo.

La señora Carlyle interrumpió el idilio:

—Muchachos, se está haciendo tarde... y tú no olvides que David tiene mañana un trabajito en la iglesia.

Volvieron a casa, pero en el silencio, los dos jóvenes seguían tejiendo el poema de un cariño cada vez más dulce.

Al día siguiente, David fué a la iglesia, acompañado de Marie. En poco tiempo arregló el órgano que había enmudecido el día anterior a causa de una ligera avería en su mecanismo.

El pastor agradeció profundamente a David su habilidad y antes de que éste hubiese terminado de reparar las distintas piezas del órgano, salió del templo para ir a comunicar a sus feligreses que ya habría música para la función de la tarde.

—Marie—le suplicó él al quedar a solas—. Haga el favor de cantar otra vez aquella canción tan bonita "Triste Corazón". Yo la acompañaré al órgano.

Sonriente, él tocó el órgano mientras Marie cantaba de nuevo la amorosa canción, evocadora de infinitas nostalgias.

Aquella canción sobrecogió hondamente a David. Se dió cuenta de que amaba a Marie pero al propio tiempo le pareció

que entre los dos se interponía algo terrible, inhumano: el pasado de él.

¡Ah, el maldito pasado! ¡La deshonra de presidio! ¿Y era posible que él, él engañase a Marie no confesándole aquella mancha terrible que le infamaba como una marca vil?

Por el amor que sentía hacia Marie quiso presentarle toda su vida para que la joven juzgase. No la engañaría nunca. Aunque sufriera cruelmente al confesarlo, le diría la verdad, la escueta y amarga verdad.

Mirándola tiernamente dijo conmovido:

—Marie, cuando un hombre ha tenido un pasado algo dudoso, ¿cree usted que puede hallar un poco de felicidad en la vida?

—Los que escriben canciones dicen que sí.

—Lo que me interesa es saber lo que usted dice.

—¿Lo que yo diga? ¡Ah! pues... que el pasado no importa... cuando... el presente de un hombre es como debe ser—

respondió bajando los ojos y con palabra entrecortada.

—¡Marie!

Pero como si ella se repusiese de su emoción, dijo marchando hacia la puerta:

—Me voy a casa a prepararle el almuerzo, David... Termine usted pronto su trabajo, que va a volver el pastor.

Y sin detenerse y entendida como la grana, regresó a su hogar, mientras David, halagado por la fina respuesta de Marie, se sentía el hombre feliz, gratamente feliz, con esa felicidad plácida que sólo dan los sentimientos honrados.

Poco antes un automóvil había llegado al pueblo de Lebanon. Lo guiaba Max "El Llavines" vestido de chofer, y en su interior iba el abogado Dyke.

Este descendió del coche y se dirigió a la iglesia, donde, como él ya sabía, encontró a David.

El joven ahogó una exclamación de sorpresa al ver a su antiguo jefe. ¿Cómo sabía que él?...

—Tanto gusto en verte, David—le dijo el abogado, mirándole friamente.

—¡Hola, señor Dyke!

—¿A qué viene tu desvío? ¿Por qué no quieres ayudarnos? ¿Por qué no contestaste a la carta que te envié al penal? Si la memoria te es fiel, recordarás que se tratada de un trabajito en Lewiston.

—¡Todo se acabó para mí!—contestó con firmeza.

—¿Pero crees que te voy a dejar ir tan fácilmente?

—Desde que estoy aquí he determinado no volver a las andadas.

—Escucha, David... hasta ahora no has hecho papeles de tonto... No principies...

—Mi resolución de cambiar de vida es firme.

—No puede ser. Al menos por una vez me has de ayudar... Toma nota de mis señas... Estoy en el hotel de Lewiston. Ven a verme y arreglaremos el asunto.

Y marchó precipitadamente... David quedó anonadado, viendo cómo su dicha amenazaba con derrumbarse. ¿Cómo luchar él contra el hombre poseedor de todo su pasado?

Vió momentos después en el jardín, a Marie y con el alma atenazada por un ansia de confesiones, acercóse a ella y abrazándola cariñosamente le dijo:



—Ven a verme y arreglaremos el asunto.

—Marie, tengo algo que comunicarte.

—¿Qué le pasa, David? ¡Le veo tan turbado!

—Escúcheme usted... y perdoneme...

He pertenecido a una cuadrilla de bandidos y sufrido condena... ¿Sabe usted lo que eso significa?

—¿Usted? ¿Usted?

En sus ojos había un parpadeo de espanto.

—Y ahora quieren que vuelva con ellos, pero no, después de haber estado aquí y haberla conocido... me es imposible...

Ahora en los ojos de ella brillaron unas lágrimas. En todo su gesto había un noble anhelo de olvido, de comprensión.

—David, por favor, no se marche... —murmuró.

—¿Quiere decir que me puedo quedar... después de lo que le he contado?

—Eso no significará nada entre nosotros.

—Marie... con su ayuda puedo enmendarme... lo sé... Una vida mejor brillará para mí... a su lado... Marie... la idolatro... la quiero... y cuando haya arreglado mis cosas... voy a pedirle... que se case conmigo...

Pero Marie, llorando, como presa de

una misteriosa emoción, se alejó de él, después de contemplarle bondadosamente.

—Marie... ¿puedo confiar en usted... puedo?

Ella le hizo un gesto afirmativo, pero tan triste, que en medio de su amargura, pensó David, si Marie no le perdonaba, si Marie deseaba separarse de él.

* * *

Y aquella tarde, la señora Carlyle y Marie tuvieron una extraña conversación.

La señora Carlyle parecía haber rejuvenecido de repente, ya no iba encorvada, temblorosa, ni usaba gafas como antes. Ahora aparecía con el busto erguido y los ojos resplandecientes y enérgicos.

—No comprendo a qué viene tu actitud—le decía la vieja.

—Eso no puede seguir así... no puede... Yo estoy cometiendo un papel indigno.

—¿Escrúpulos monjiles ahora?

—David me ama... tiene fe en mí... y no puedo seguir engañándole.

—¿Enamorarte de un bobo como ese?... Pues si lo sabe Dyke...

—Que lo sepa todo el mundo... Yo no le traiciono... Yo le quiero...

Aquellas dos mujeres no eran abuela y



—...con su ayuda puedo enmendarme...

nieta, sino simples compañeras de la banda de Dyke.

Todo había sido una combinación de Dyke y de su gente. A fin de no perder la colaboración vacilante de David, el pe-

nado Caleb haciendo ver que quería regenerar al joven, le dió una carta de recomendación para la vieja Carlyle, cómplice suya... Estaban todos seguros que con la ayuda de la vieja y de Marie, David volvería a ayudarles en los golpes que planeaban. Y he ahí que, ahora, la muchacha se negaba a seguir desempeñando el papel de ingenua con el pretexto de haberse enamorado de David.

Llamaron al teléfono y la señora Carlyle acudió al aparato.

—Es el jefe... ¡Quiere hablarte!—dijo a Marie.

Marie, disgustada, cogió el auricular.

—¡Hola, Marie!—le dijo la voz del abogado—. Hablé con David esta mañana... Se está haciendo el remolón.

—¿Y a mí qué?—contestó con voz desabrida.

—¿Qué significa ese tono, niña? ¿Por qué hablas así?

—Pues... pero esas cosas no se pueden decir por teléfono.

—Ven a verme, estoy en el hotel de Lewiston,

—¡Está bien! ¡Iré!

Una vez terminó la comunicación, la joven se dispuso a ir a ver a su jefe. Quería decirle personalmente que en lo sucesivo no contase jamás con su colaboración.

—No seas tonta—le advirtió su compañera—. Dyke te paga mejor sueldo que el que ganabas en el cabaret... ¿No te acuerdas de tus tiempos penosos de completista?

—Te digo que no quiero seguir. Todo ha cambiado para mí.

—Los hombres son todos iguales, te llevarás un nuevo desengaño.

Furiosa, Marie marchó de la casa. Iría a ver a Dyke para desengañarlo de una vez.

David había salido también sin decir adónde iba...

* * *

Dyke había recibido la visita de David quien le expresaba en términos que no dejaban lugar a duda su deseo de abandonar para siempre todo negocio ilícito.

El amor había hecho de él otro ser, otra alma, otro pensamiento.

Dyke, con aquella sonrisa persuasiva de



—Los hombres todos son iguales...

hombre superior, procuraba convencerle sin éxito.

De pronto se escucharon voces en la

estancia conigua, y David quiso marchar, temeroso de que alguien le viera.

—¡Quédate aquí! No va a pasar nada—le dijo el jefe—. Aun tenemos que hablar bastante.

—Ya está todo dicho.

—Espera. Métete en este cuarto... Puede convenirnos a los dos aguardar!

El joven obedeció... Momentos después entraba en el despacho Max "El Llavinés" quien le decía:

—Tengo ya los criados para la fiesta de los Tilton... unos muchachos elegantes y de toda confianza.

—¡Bravo, Max!

—Esos pillos vestidos de criado son la cosa más graciosa que he visto en mucho tiempo.

Apareció un nuevo cómplice, indicando pesaroso:

—Deuce Wilson y su pandilla acaban de entrar... Trae cuatro hombres consigo.

Y antes de que pudieran impedirles el paso, ya los bandidos de aquella banda rival que ahora dirigía el repulsivo Deuce, estaban en el despacho.

Deuce avanzó hacia Dyke y mirándole desdeñosamente, le dijo:

—Los diamantes de Tilton significan el golpe mayor del año, Dyke... Hay para todos.

—Ya te dije que no pensaba partir... Te doy exactamente sesenta segundos para que te marches.

Y le apuntó con un revólver. Pero Deuce se echó a reír.

—Tú no vas a disparar por la cuenta que te tiene—le dijo.

—¡Miserable!

—Bien, no te enfades... Me marcho... No olvides que hay más de un modo de arreglar las cosas... Mándame recado antes de la noche diciéndome que estás dispuesto a partir conmigo las joyas.

Y alejóse con una sonrisa fría y estrechadora de hombre que está muy seguro de sí mismo.

Al salir encontró a Marie a quien él conocía de antiguo.

—¡Hola, Marie! ¿Va usted a intervenir también en el asunto de los diamantes?

... Pues haga bien su trabajo, que mucha falta les va a hacer.

—Nada tengo que ver en ese asunto—dijo ella.

Subió la escalera y encontróse poco después en el despacho de Dyke.

—Vine aquí para decirle que hemos terminado—indicó con decisión.

—No puedes volverte ahora atrás... Yo te he pagado para que me ayudaras.

—No me di cuenta de lo que significaba esto hasta que conocí a David—dijo sollozante—...y no quiero ayudarle a que vuelva por mal camino.

—Romanticismo absurdo.

—David ha terminado con usted... y yo también... pensamos casarnos.

—Después de ese trabajito hagan lo que quieran... Pero ahora cuidado con dar un paso en falso...

Abrióse una puerta y apareció David. Estaba sobrecogido. Había escuchado la voz de Marie y comprendía con dolor que aquella mujer era también cómplice de Dyke.

—¡David!—exclamó ella avergonzada.

—¡Marie! ¿Qué haces aquí? Trabajas para Dike, ¿verdad?—dijo con una gran melancolía.



—Yo te he pagado para que me ayudas.

—Sí... Querría decírselo a usted hoy... cuando me lo confesó todo...

—Querías decir que trabajas para él, ¿eh?—exclamó, desesperado—. Todo fué un engaño... La carta de Caleb... el ho-

gar apacible... tus ternuras... ¡Qué tonto fui!

Enloquecido de rabia, viéndose burlado, convertida en una cualquiera a la mujer que él dignificaba como a una diosa, salió de la habitación. Dyke, que le había estado escuchando en silencio, exclamó mirando a la mujer:

—¡Magnífico! Creo que David seguirá siendo de los nuestros.

—Y todo por culpa mía—sollozó Marie—. Daría cualquiera cosa para evitar que se mezclase en este asunto.

El abogado sonrió.

—Mira, si haces tu papel como tenemos convenido, emplearé a Caleb en vez de David.

—¿Caleb? Pero...

—Le rebajaron la condena gracias a su buena conducta... Lo he guardado a cubierto, por si me hacía falta.

Marie, alma noble dispuesta a sacrificarse para que el hombre que amaba no tuviera que volver a cometer ningún delito, le dijo:

—Si hago lo que quieres ¿me prometes

que David no tomará parte en esto?

—¡Te lo prometo!

—Entonces, estoy a tus órdenes.

—Gracias, Marie... Ya te avisaré lo que tienes que hacer.

Salió la pobre mujer que estaba deseosa de evitar a su buen amigo un tropiezo en la carrera del bien...

Max, que había escuchado la conversación, dijo al jefe:

—¿Pero qué enredo es ese de Caleb?... ¡Si aun no ha salido de la cárcel!

—Ya lo sé... Pero David está aquí... y me conviene engañar a Marie... Mejor dicho, voy a engañar a los dos. Verás qué plan.

David permanecía aún en el hotel, bajo la trágica inquietud que le atormentaba. ¡Su Marie, convertida en una mujer abyecta!

El abogado le mandó llamar y David se presentó todo turbado y foscó.

—Muchacho, un poco de ánimo... A poner mejor cara—le dijo—. Este golpe os dará a ti y a Marie dinero para el resto de vuestra vida.

—No quiero que ella intervenga en el asunto.

—Pues uno de los dos ha de intervenir—apuntó.

—Pues... ella no... ella no... Oiga, Dyke—dijo después de una terrible lucha consigo mismo—; si yo ayudo a usted, ¿permitirá que Marie permanezca al margen del asunto?

—¡Concedido!—exclamó Dyke, pensando que de esta manera tenía la colaboración de los dos.

—Entonces, disponga de mí—añadió con un gesto de vencimiento.

—He ahí lo que descubro... Abrirás la caja de caudales que la señora Tilton tiene en la biblioteca... Sacarás los diamantes que hay en ella y pondrás esos falsos en su lugar.

—¡Entendido!

—La fiesta es esta noche... Tú serás un criado más, todos los criados pertenecen a mi banda. El plan está asegurado.

—¿Pero me promete usted que Marie?

—¡Naturalmente, hombre!

Y le dió un golpecito en la espalda con cierta ironía cariñosa.

* * *

Todo estaba preparado aquella noche para la fiesta que daba en su casa la señora Tilton, y cuyos detalles de organización, servidumbre, atracciones, etc., habían sido dirigidos por Dyke, quien pensaba aprovechar la ocasión para hacer el canje de diamantes.

Los criados, sicarios de Dyke, dirigidos por Max, estaban convenientemente distribuidos por la casa. La maleta conteniendo las herramientas había sido llevada al cuarto que destinaban para que se arreglase Marie, la cual debía actuar de cantatriz.

David vestía su librea de criado. Sentía inmensa repugnancia en efectuar el golpe, pero la alegría de que con su sacrificio Marie se libraba de tomar parte en aquel robo, le daba fuerzas de ánimo para resistir.

Cuando ya los grandes salones estaban

radiantes de distinguidos invitados, llegó Dyke en compañía de Marie a quien presentó a la señora Tilton.

—Mucho gusto en conocerla y le agradezco el que haya venido de tan lejos a cantar para nosotros, señorita Carlisi.

La joven representó a las mil maravillas su papel, correspondiendo a los afectuosos saludos de todos los invitados.

De pronto, ligeramente alarmada, preguntó a Dyke:

—¿Dónde está Caleb?

—Aquí cerca. ¡Todo irá bien! ¡Nada temas!

El señor Dyke se separó de Mary para saludar al señor Thomas, un detective particular que la señora Tilton le presentaba.

Después, el abogado, dispuesto a que no hubiera enredo alguno, advirtió a Max:

—Procura que Marie no vea a David.

Prosiguió paseando tranquilamente por las lujosas estancias. De repente, se le acercó un criado con una bandeja de plata, cargada de copas.

—¿Whiskey inglés o americano, señor?

El sonido de aquella voz estremeció a Dyke quien miró fijamente al criado. Asombrado descubrió en el sirviente a Deuce Wilson.

¡Traición! Seguramente algunos de los criados que pertenecían a la banda de Dyke habían sido comprados por las gentes de Deuce y poniéndose en combinación con él habían hecho entrar en la casa a los enemigos.

—¿Partimos los beneficios o no?—murmuró Deuce.

—No he cambiado de parecer—respondió Dyke con rabia.

Deuce sonrió y marchó hacia otro salón con su gesto impenetrable y hosco.

Dyke, indignado, corrió a reunirse con Max, a quien comunicó:

—Deuce está aquí. Avisa a los muchachos para que tomen toda clase de precauciones.

Mientras tanto, Marie había salido a una terraza. Estaba asustada. ¿Qué papel además del de canzonetista le haría

representar el jefe? Pero todo lo daba por bien empleado ante la idea de que gracias a su abnegación, a David no le alcanzaría responsabilidad.

Alzó distraídamente los ojos y vió en la ventana del cuarto donde ella se había arreglado poco antes la silueta de un criado. Fijándose más observó con estupor que se trataba de David.

Enloquecida de espanto, creyendo haber sido traicionada, corrió sin vacilar hacia la habitación y encontró en ella a David que preparaba las herramientas para efectuar el robo.

El volvióse rápidamente al verla y su asombro corrió parejas con el de la mujer. La ira tiñó sus pupilas, creyéndose engañado una vez más, pareciéndole que todo había sido una combinación para hacerle trabajar en aquel robo.

—¡David mío!—murmuró ella—. Traté de evitar que intervinieras en esto... pero Dyke me engañó... y me ha traicionado.

—Dyke no ha traicionado a nadie...

¡Estoy aquí porque quiero!—gritó él no queriendo aparecer como burlado.

—¡Vete, David!... Te volverán a detener... Lo sospecho...

En aquel momento entró Dyke. Sonrió fríamente al ver hablando a los dos jóvenes, cuyo encuentro hubiera querido evitar a toda costa. Pero sin aludir para nada a ello ordenó a David:

—¡Corre a la biblioteca! ¡Abre la caja de caudales y haz el cambio de piedras preciosas!

—Pero...

—Vete o...

El joven, haciendo un gesto de desesperación, salió hacia la biblioteca.

—Y tú—dijo a Marie el abogado—. Vuelve al jardín y canta para distraer la atención de los invitados.

—No puedo, Dyke, me encuentro enferma...

—Si no lo haces, entrarán aquí y cogerán in fraganti a tu amigo.

La muchacha tuvo que obedecer y volvió a la terraza donde ante la expectación

general cantó la bella y nostálgica melodía "Triste Corazón".

Y los ecos de aquella deliciosa canción llegaron hasta la biblioteca donde David estaba a punto de abrir la caja. Tanto le emocionó la tonada que le recordaba a la mujer que quería, a la mujer por la cual él había pretendido renunciar definitivamente al mal vivir, que quedó inmovil, sin atreverse a forzar la caja, sintiendo en el alma las oleadas del remordimiento.

Terminada la canción, Marie, rechazando las felicitaciones y con la única idea de estar al lado de David, subió a la biblioteca encontrando a éste ante la caja.

Marie le suplicó que no la abriesen.

—Es por tu bien, David... Yo te quiero... Marchemos los dos... Que no nos vea nadie. Nadie podrá alcanzarnos.

—¡Sea! Escapemos, Marie... Vuelvo a tener fe en ti.

Iban a marchar cuando se vieron detenidos por la inesperada presencia de Deuce Wilson quien, revólver en mano, le gritó:

—¡Abre la caja si no quieres morir como un perro!

Y cogiendo el abrigo de Marie envolvió con él el revólver para que al disparar no hiciese el menor ruido.

—No la abrí para ellos y no la abriré para ti—respondió David.

—¡Si no abres esa caja, os mato a los dos!

Y había en todo su porte tan implacable decisión, que David temió que aquel miserable cumpliera sus amenazas. Y no por él, pues no sentía miedo a la muerte, sino por Marie, tuvo que acceder.

Bajo la brutal coacción del revólver, el joven abrió la caja, manipuló en ella unos instantes y luego entregó a Deuce el collar de diamantes.

El miserable escapó de allí obligando a David a seguirle hasta el exterior, sin permitirle, con la amenaza del revólver oculto, a dar el menor grito de auxilio.

Dyke le vio partir horrorizado y escuchó estas palabras que Deuce le dijo en tono zumbón:

—Tenías razón, Dyke... No nos partiremos los beneficios... me los queadré todos yo.

Y subiendo al coche con sus cómplices,



...entregó a Deuce el collar...

desapareció a gran velocidad. Pero también Dyke había adoptado sus precauciones y comprendiendo que aquel hombre le había vencido, subió a un automóvil con Max y sus amigos, exceptuándose Marie

y David quienes, temerosos de verse complicados en el escándalo que se iba a producir, huyeron también en otro carruaje.

La señora Tilton, asustada, comentó con sus amigos aquel desfilir de automóviles y no tuvo duda de que se trataba de un robo frustrado.

El auto de Dyke llevaba una ametralladora con la que comenzó a disparar contra el coche de Deuce.

El combate fué terrible. Los dos coches con todos sus ocupantes heridos, acabaron despenándose.

Más tarde, la policía procedió a la detención de los escasos supervivientes del accidente. Deuce y Dyke habían muerto en la refriega.

Por su parte, Marie y David habían huído de la ciudad.

—Mi buen David, ¿qué vas a hacer ahora? A pesar de todo, eres un ladrón. Has robado unas joyas...

—No, Marie, no... Cuando abrí la caja cambié las alhajas y le di a Deuce las falsas... Los verdaderos diamantes están aún en la caja de la señora Tilton.

—Entonces... ¡la vida es nuestra! ¡A trabajar! ¡A ser honrado!

—¡Te lo prometo y lo cumpliré!

Y un beso de amor rubricó el solemne juramento.

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barhará, 16; Madrid: Cañot, 1

Vea usted la transformación
operada en
LOS GRANDES FILMS
de la *Novela Semanal Cinematográfica*, cuyo título actual es
Los Grandes Films
mudos y sonoros

Simpático tamaño, mayor que antes.
Diez grandes ilustraciones en el
texto

Numeros publicados:

EL VALS DE MODA
SIETE CARAS
REDENCIÓN
EL HALCÓN DE LOS AIRES
TARAKANOWA

Portada a color • Precio: 50 cts.

GRAN ÉXITO

en las selectas
EDICIONES ESPECIALES
— de —

La Novela Semanal Cinematográfica
de las dos magníficas novelas
Del mismo barro

(2.^a edición)

— y —

ESTRELLADOS

Acaba de aparecer:

Cuatro de Infantería

Asunto de guerra contra la guerra

Uno de los mayores éxitos
de la temporada en España

Adquiera hoy mismo
La Novela Semanal Cine-
matográfica Moderna

Continuación, como segunda época, de la más popular de las novelas cinematográficas, transformada.

Portada a todo color

Bella postal-regalo.

Precio: **25 cts.**

Primer número:

AMOR AUDAZ

por Adolphe Menjou, Pereda, Barry
Norton, Rosita Moreno, etc.

Segundo número:

Bandido por excelencia

por Mona Maris y Warner Baxter

Tercer número:

Tenor y Tenorio

Joseph Wagstaff, Sharon Lynn, Lola Lane, etc



Ediciones BISTAGNE

Passeig de la Pau, 10 bis

Teléfono 18501

BARCELONA